



La Zona Ardiente del Desarrollo

por el Bruce D. Perry, M.D., Ph.D.

Ayudando a los niños a dejar lo cómodo y conocido y asumir nuevos desafíos.

¿Cómo aprenden los niños? ¿Qué sucede *dentro* del niño la *primera* vez que se ata los cordones, comparte su almuerzo ó que se da cuenta que una serie de letras forma una palabra? Para que un niño, ó cualquiera de nosotros aprendamos, maduremos ó conquistemos una nueva técnica, *algo* tiene que cambiar.

Ese algo es el cerebro. Nuestro cerebro controla todos nuestros pensamientos, sentimientos y conductas. Si nuestro cerebro no cambia, no aprendemos. Por lo tanto, si comprendemos como el cerebro del niño cambia, podremos comprender como el niño aprende.

Como Cambia el Cerebro

Tiempo y experiencia cambian el cerebro. El tiempo nos lleva por la vida, de una etapa de desarrollo a otra. El cerebro se desarrolla, cambiando su organización desde la infancia a la niñez, adolescencia y edad adulta. No tenemos otra alternativa al respecto.

Estos cambios en el cerebro, sin embargo, dependen de nuestras experiencias. Visión, sonido, tacto, gusto y olfato se convierten en actividad en el cerebro. Esto conduce al crecimiento y desarrollo de nuestro desempeño motor, emocional, conductual, cognitivo y social. Las experiencias adecuadas, en las cantidades adecuadas, en los momentos adecuados de la vida, pueden despertar el grandioso potencial de nuestro cerebro.

El Momento Adecuado

Una clave para una enseñanza superior depende, por lo tanto, en brindar las oportunidades adecuadas en el momento adecuado y en la secuencia apropiada. Esto puede ser difícil porque lo que es “adecuado” para un niño cambia durante el día y en cada etapa del desarrollo. Enseñándoles a reconocer letras a niños hambrientos de 4 años, 30 minutos antes del almuerzo no es una idea muy buena. Adecuada idea, equivocado momento. Y tratar de enseñarle a un niño de 2 años a construir una torre de bloques antes de que éste haya dominado la habilidad de controlar objetos con sus manos, no dará resultado. Esa técnica es para otro momento.

El aprendizaje comienza en la seguridad de lo previamente aprendido y conocido, nuestra zona de seguridad. Pero para aprender, sin embargo, uno debe entrar a la zona ardiente del desarrollo. Es aquí donde un niño, saliendo de lo conocido, puede comprender nuevos hechos, conceptos y habilidades. Y con práctica, lo previamente desconocido se vuelve conocido y se agrega a nuestra zona de seguridad. Pasando tiempo en esta zona ardiente del desarrollo suma nuevas habilidades, conceptos y conductas en forma secuencial y acumulativa.

Esto es importante durante los primeros días de clases porque el cerebro tiende a interpretar lo novedoso como amenazante. En nuevos y desconocidos entornos, un niño se sentirá abrumado con más novedades y encontrará poco placer en “aprendizaje”.

Afortunadamente, hay otra característica profundamente arraigada en el cerebro humano – la curiosidad. Estamos fascinados y atraídos a lo desconocido – a las cosas nuevas. Los humanos somos exploradores. Cuando nos sentimos seguros y el mundo a nuestro alrededor es conocido, ansiamos novedad. Cuando un niño se siente seguro la curiosidad vive. Pero cuando el mundo a nuestro alrededor es desconocido y nuevo, ansiamos familiaridad. En nuevas situaciones un niño será más fácilmente abrumado, angustiado y frustrado. Este niño será menos capaz de aprender. El niño hambriento, enfermo, cansado, confundido ó temeroso no está interesado en cosas nuevas – él quiere cosas conocidas, cómodas y seguras.

En las primeras semanas de clases, los niños muy pequeños están casi ahogados en novedad. Podemos hacer estas nuevas experiencias más fáciles. Podemos hacer cosas para crear un ambiente más previsible, estructurado, familiar, y, por lo tanto seguro. Es la invisible pero poderosa red de relaciones en la clase que crea un óptimo ambiente de aprendizaje. El instrumento más importante para el aprendizaje es el maestro. Y es el maestro quien crea una segura “base de operaciones” desde donde el niño comenzará a explorar.

Un sentido de seguridad proviene de la atención consistente, atenta, cuidadosa y sensible hacia las necesidades de cada niño. La seguridad es creada por la previsibilidad, y la previsibilidad es creada por conductas consistentes. Y la consistencia que conduce a la previsibilidad no proviene de una rigidez de programación de actividades sino de la consistencia en la relación con el maestro. Si el programa es consistente, pero el maestro no lo es, no hay previsibilidad para el niño. Previsibilidad en tiempo significa menos para un niño que previsibilidad en la gente.

¿Cómo hace un maestro para proporcionar esto? Utilice su instrumento más poderoso: su personalidad. Su sonrisa, su voz, y su contacto ayudan al niño a sentirse seguro. La interacción directa y el contacto visual son esenciales en este proceso. Manténgase previsible en su interacción con el niño y no en la cantidad de minutos dedicados a cada actividad. Manténgase alerta al punto de sobrecarga de cada niño. Permita al niño a encontrar espacio y soledad cuando parece que está abrumado. En estos momentos de tranquilidad el niño puede encontrar placer en repasar los descubrimientos de ese día.

Bruce D. Perry, M.D., Ph.D. es el Senior Fellow de The ChildTrauma Academy, una organización sin fines de lucro con base en Houston que fomenta innovaciones en servicio, investigación y educación en el maltrato del niño y traumatología infantil (www.ChildTrauma.org) Dr. Perry es co-autor de “El Niño Que Fue Criado Como Perro: Que Nos Pueden Enseñar los Niños Traumatizados Con Respecto a Pérdida, Amor y Recuperación; un libro popular basado en su trabajo con niños, publicado por Basic Books.